

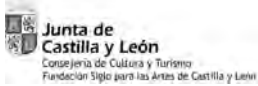
CLAUDIO MORESCHINI
ENRICO NORELLI

PATROLOGÍA

Manual de la literatura cristiana
antigua griega y latina

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2009

Este libro ha contado con una ayuda a la edición, dentro del Plan Libro Abierto 2008, de la Fundación Siglo para las Artes en Castilla y León.



Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo José María Hernández Blanco
sobre el original italiano: *Manuale di letteratura cristiana antica greca e latina*

© Editrice Morcelliana, Brescia 1999
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2009
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1564-8
Depósito legal: S. 279-2009
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2009

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
1. Las cartas de Pablo y de la tradición paulina	15
2. La tradición evangélica	27
3. La tradición joánica	43
4. Los apocalipsis cristianos más antiguos	47
5. Cartas no paulinas	53
6. Tratados en forma de carta	59
7. Disciplina eclesiástica. Homilías	65
8. Evolución de la tradición evangélica. Hechos apócrifos de los apóstoles	71
9. Problemas de la Tradición y de la autoridad. Gnósticos y montanistas	81
10. Los apologistas griegos	97
11. La literatura más antigua sobre los mártires	109
12. Los comienzos de la poesía cristiana	113
13. Ireneo e Hipólito	117
14. Alejandría. Clemente	133
15. Orígenes	145
16. Otros escritores griegos del siglo III	163
17. La primera literatura cristiana de Occidente	171
18. La literatura cristiana de África	179
19. La época de los tetrarcas y de Constantino	209
20. Cristianismo y Antigüedad tardía	229
21. Escritores griegos de la controversia arriana	239
22. Polemistas, ascetas y exegetas en el siglo IV griego ..	259
23. Los Padres capadocios	273

24. La escuela antioquena	311
25. Entre cristianismo y <i>paideia</i> antigua: Sinesio de Cirene y Nonno de Panópolis	337
26. Literatura canónico-litúrgica de los siglos IV y V	347
27. Evolución de la literatura apócrifa	351
28. Polémicas antiarrianas en Occidente	369
29. Ciencia y filología bíblica. El ambiente romano	403
30. Poesía cristiana en Occidente	423
31. Biografía y hagiografía en Occidente	435
32. Agustín	443
33. La época de las invasiones bárbaras en Occidente	465
34. La literatura de los reinos romano-bárbaros en Occidente	491
35. La época del concilio de Éfeso. Teófilo, Cirilo de Alejandría y Nestorio	527
36. Debates teológicos en Oriente antes y después del concilio de Calcedonia	545
37. Ascesis y espiritualidad en el siglo V y en la primera mitad del siglo VI	575
38. Poesía litúrgica griega	595
39. Historiografía cristiana griega	601
40. Exegetas griegos menores de los siglos V y VI	613
<i>Índice de autores antiguos y de obras anónimas</i>	623
<i>Índice general</i>	633

INTRODUCCIÓN

La obra que el lector tiene en sus manos puede considerarse una historia de la literatura cristiana producida en la antigüedad greco-latina. La metodología seguida tiene en el hecho literario mismo su punto de partida, el cual es enriquecido con distintas referencias a la historia de la teología y a la historia de las instituciones.

A diferencia, por ejemplo, de las literaturas griega o latina, la literatura cristiana antigua no se caracteriza por utilizar una lengua propia. Y aunque, por la especialidad de sus autores, este libro se limite a las dos lenguas clásicas, no por eso se ha de olvidar que la literatura cristiana antigua ha empleado también lenguas como el siríaco, el copto, el armenio, el georgiano, el etíope y algunas más. Los cristianos no han creado dentro de estas lenguas ningún subsistema lingüístico propio, sino que se han servido de la lengua que se hablaba en su momento. No en vano, tanto el griego como el latín cristianos se van enriqueciendo con términos técnicos nuevos, de tal manera que tanto su léxico como su gramática y sintaxis quedan influidos por la Biblia; además, la nueva visión del mundo y de la vida que el cristianismo aporta van a influir tanto en el lenguaje como en el estilo.

En este sentido, una historia de la literatura cristiana antigua debe tener en cuenta los aspectos lingüísticos, aunque dejando claro que no es una historia de la lengua. Lo que caracteriza a la literatura cristiana como tal es que se refiere a una tradición religiosa centrada en la figura de Jesús de Nazaret, llamado el Cristo. Pero no sólo son distintos los modos de referirse a él, sino que incluso la tradición misma y la imagen que tienen de Jesús difieren según las áreas geográficas, y además cambian con el tiempo y se transforman profundamente. Ni al historiador de la literatura ni al historiador en general le corresponde pronunciarse sobre la legitimidad de esas transformaciones ni sobre su fidelidad a la inspiración original. Se deben limitar a constatarlas, describirlas y tratar de explicarlas con instrumentos y criterios historio-gráficos. Así pues, los textos cristianos presentan distintas imágenes de Jesús, de su doctrina, de las comunidades que se remiten a él, in-

cluso del mismo Dios. A veces sucede que su referencia a esa figura es tenue o solamente implícita, de manera que cabe dudar si este o aquel escrito pertenece a la literatura cristiana primitiva. Como criterio, lo que define a la literatura cristiana antigua es el contenido, y esto es válido justamente hasta que el triunfo social del cristianismo hace que *toda* la literatura sea –y deba ser– cristiana. Tal circunstancia marca, a nuestro modo de ver, un límite preciso que a nosotros nos sirve de referencia para poner fin a la presente enciclopedia.

Quien no conozca, pues, las coordenadas esenciales y peculiares de esta fe religiosa (la sagrada Escritura, dividida en dos Testamentos; el trabajo exegético que ha comportado; la especulación teológica que poco a poco se ha ido desarrollando; los vigorosos motivos de índole espiritual y moral, etc.), se quedará en la superficie de los problemas. Pero quien no percibe las formas y modos de esta literatura, y no ve que por una parte coinciden casi siempre con los de las literaturas griega y latina (porque los escritores cristianos hablaron y escribieron en esas lenguas, se formaron en las escuelas del imperio romano y estudiaron a Homero, Platón, Virgilio y Cicerón), y por otra han sido transformados y adaptados al nuevo contexto espiritual, tampoco podrá entender cabalmente la producción cristiana. No hay que olvidar que con Tertuliano y Agustín, con Prudencio y Gregorio Nacianceno esa producción superó a la literatura pagana de su tiempo, y que con Orígenes, Gregorio de Nisa, Dionisio Areopagita y Agustín no fue inferior a la especulación filosófica no cristiana.

La literatura cristiana antigua griega y latina pertenece a las literaturas en griego y latín de la época imperial. Por esta razón, parece legítimo, incluso obligado, que las historias de estas dos literaturas traten orgánicamente las obras y los autores cristianos sin añadirlas al final a modo de apéndice. Pero al mismo tiempo la literatura cristiana aporta profundos cambios respecto a la tradición literaria anterior. Ya hemos dicho que es nueva su referencia constante a Jesús de Nazaret, a quien tiene como norma absoluta. Y también es nuevo su objetivo de anunciar, defender y propagar la fe en Cristo, así como prestar un servicio a las exigencias de la vida de las comunidades cristianas.

La introducción en las literaturas griega y latina de la tradición literaria bíblica, cuyas formas de expresarse radican en una percepción orientada por el credo religioso de Israel, no es rigurosamente nueva, porque la ha preparado el judaísmo helenístico. Pero con el cristianismo se extiende enormemente, generando nuevas formas de comunicación literaria que parten de las que están vigentes, aunque modificándolas profundamente. Hoy somos más reservados a la hora de hablar de la distinción, que se propuso a finales del siglo XIX, entre una

«protoliteratura» –*Urliteratur* en el lenguaje de los estudiosos alemanes que la propusieron–, en la que el cristianismo habría utilizado formas literarias ajenas a la tradición clásica, y una «literatura» que, a partir de Clemente de Alejandría, habría utilizado las formas y géneros de aquella. Este planteamiento no ha impedido que prosiga la investigación, y hoy se reconoce que incluso los escritos cristianos más antiguos tienen cierta afinidad con los géneros de la literatura contemporánea. Las cartas de Pablo y las demás cartas se estudian en el marco de la epistolografía antigua; los evangelios, un género tan propio cristiano, pueden compararse con las distintas formas de la biografía antigua; los Hechos de los apóstoles presentan un claro influjo de la novela; los apocalipsis se insertan en una tradición ampliamente representada en el mundo mediterráneo; en las escuelas filosóficas se producían desde hacía tiempo tratados sistemáticos; el judaísmo helenista conocía bien la apología... Ciertamente que, con el paso del tiempo, la adhesión a los cánones y a las formas elevadas de la tradición literaria fue cada vez más completa y sofisticada, pero se trata de un aspecto del proceso que implica al cristianismo en su conjunto, así como al desarrollo de su autoconciencia. Sin embargo, fue constante el reconocimiento de que ese conjunto de textos de referencia obligada, es decir, la Biblia, tenía una peculiaridad propia que la diferenciaba claramente de la tradición literaria clásica que algunos autores cristianos reivindicaron con polémico orgullo, mientras que otros se sintieron incómodos por ella. Por eso, aunque marginales, fueron significativos los intentos de transponer el relato bíblico en formas canónicas de esa tradición, reelaborándolo, por ejemplo, como poesía épica o como tragedia (cosa que ya habían intentado siglos antes sus predecesores en el judaísmo helenista). Sea como fuere, una división rígida entre «protoliteratura» y «literatura» no parece hoy apropiada para explicar el desarrollo histórico de la literatura cristiana. Es aconsejable seguir la evolución de las formas y géneros, y a ser posible su nacimiento y muerte, teniendo en cuenta el cambio de las exigencias de comunicación de las comunidades, tanto entre ellas como con su entorno, considerando las distintas áreas geográficas y culturales.

Estas consideraciones parecen, pues, justificar la literatura cristiana antigua como objeto autónomo de investigación, sin aislarla del contexto literario más amplio en que se desarrolló. Tal es la persuasión que ha guiado nuestra obra. Además, hemos decidido conscientemente no organizar el tratado distinguiendo escritos neotestamentarios, «padres apostólicos», apócrifos, literatura herética, etc., pues se trata de *corpora* creados a posteriori a tenor de consideraciones teológicas. Desde nuestra perspectiva, estos *corpora* únicamente son pertinentes tras ha-

ber sido creados y haber empezado a influir como tales en la literatura posterior. Piénsese en la formación del canon del Nuevo Testamento; sólo después de haberse formado, se puede dedicar un tratado específico a los «apócrifos», que surgen entonces como tales, mientras que los textos más antiguos, considerados más tarde apócrifos, se estudian aquí según su género literario.

Nos hemos dividido el trabajo de acuerdo con nuestra especialidad. Enrico Norelli ha redactado los dieciséis capítulos primeros, hasta el siglo tercero griego, los capítulos 26 (literatura canónico-litúrgica de los siglos IV y V), 27 (desarrollo de la literatura apócrifa), 35 (la época del concilio de Éfeso), 36 (debates teológicos en Oriente, anteriores y posteriores a Calcedonia), 37 (ascesis y espiritualidad en el siglo V griego y en la primera mitad del siglo VI), y también las páginas dedicadas a Dídimo de Alejandría, a las obras apologéticas y retóricas, dogmáticas y polémicas, así como las cartas de Teodoreto, la *Visión de Doroteo* y Severiano de Gabala. Todo lo demás pertenece a Claudio Moreschini. Esta edición, aunque *minor*, nos ha permitido corregir algunas inexactitudes y actualizar en algunos puntos tanto la redacción como la bibliografía.

Claudio Moreschini y Enrico Norelli desean que esta enciclopedia goce de una favorable acogida, como en su día la tuvo la obra publicada en varios tomos, entre 1995 y 1996, sobre el mismo tema. Por otra parte, agradecen a Pietro Ressa y a Chiara Sani la ayuda prestada en la preparación de la obra. Y, como siempre, expresan su gratitud a Stefano Minelli por su interés en esta iniciativa y a Ilario Bertolotti por su valiosa colaboración.